

## LOS ORIGENES Y EL DESTINO

## I

Hay en la *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, un capítulo titulado "La hispanidad en crisis", sobre el cual conviene insistir, por la magnitud del problema que remueve y resuelve. Vivimos en una trágica encrucijada de la Historia, en que domina la preocupación angustiosa por los destinos colectivos, y hay una conciencia despierta sobre los peligros que nos acechan y sobre la necesidad de elegir entre los caminos oscuros que se abren a nuestro paso. Sabemos que no es indiferente éste o aquél; que hay que elegir bien, porque en ello puede irnos la vida; que no debemos abandonarnos al optimismo providencialista, arrojó con que nuestros mentores halagaron nuestros oídos hasta adormecerlos y que hizo las veces de ideal nacional hasta los comienzos de la guerra europea. Nadie cree ya entre nosotros en el progreso indefinido hacia la democracia perfecta; ni en la retórica de tierra de promisión, fundada en la extensión de nuestro territorio y en el número de nuestras vacas; ni en el mito de la prosperidad creciente con que nuestros políticos pretendieron cohonestar su imprevisión y su pereza. Hemos sufrido en carne propia los rigores de la crisis y nuestra dependencia de la política y la economía mundial; hay hambre en nuestros campos porque sus productos se malvenden; el optimismo ha quedado relegado a tópico de oratoria oficialista, y nuestra confianza en el porvenir ha cedido ante el pánico y ha sido sustituida por un sentimiento de indefensión y la convicción consiguiente de que no debemos "esperar" sino "hacer" nuestro destino.

Hacer nuestro destino. Fácil es decirlo; pero, ¿estamos preparados para ello? Obrar, sí; pero, ¿en qué sentido? Una nación sólo obra válidamente en el sentido que la determina su propia índole, prescrita en su historia. Para hacer, hay que ser. El problema de lo que haremos está, pues, para nosotros, condicionado por el problema previo de lo que somos. Y esto es lo grave. Porque si bien la conciencia del ser nacional se ha despertado vivamente en algunos núcleos precursores, dicha conciencia no

existe como fenómeno colectivo. La conciencia del ser nacional supone una meta. Y esto no lo tenemos, porque nos falta lo único que podría comunicárnoslo: una historia. No sabemos qué hacer porque no sabemos lo que somos; y no sabemos lo que somos porque se nos ha confundido deliberadamente sobre nuestros orígenes y no sabemos ahora de dónde venimos. Un ideal nacional no puede consistir en que gobiernen los hijos de criollos o los hijos de gringos, en que haya democracia o dictadura, socialismo o fascismo, sino que debe contemplar la situación de nuestra Patria en el conjunto de las naciones, mirar hacia afuera; no hacia adentro. ¿Cuál de nuestros hombres políticos, cuál de nuestros partidos demuestra sospechar siquiera la existencia de una misión exterior de la República? De ahí nuestra situación semicolonial, que no se cohonesto con alharacas patrióticas.

\* \* \*

Esa trágica orfandad de ideal en que se encuentran, como nosotros, todos los pueblos hispánicos, es el mal que señala magistralmente Maeztu en el libro citado. Orfandad que obedece a causas complejas, pero principalmente a la defección de las clases dirigentes españolas del siglo XVIII, que seducidas por el espejismo de las ideas revolucionarias, renegaron de los principios en que se había fundado la grandeza del Imperio. España olvidó su misión "católica", y este olvido señaló el comienzo de la disgregación. ¿Cómo reprochar a las jóvenes naciones surgidas de la anarquía militar sobreviniente la consiguiente pérdida de rumbo y el buscar ejemplos extraños para su constitución y sus costumbres? Sólo quedó subsistente el vínculo del idioma, que barbarizó con entusiasmo, porque hasta en el abuso del galicismo seguimos siendo españoles, a pesar nuestro. Al pretender emanciparnos de la tradición española, no hicimos sino seguir el camino de la metrópoli, que también se había apartado de aquélla, como se comprueba por la formación mental de los prohombres de nuestra Revolución: Capdevila no se equivoca al hablar del "españolismo" de Rivadavia, siempre que se entienda por tal el de los "afrancesados" y "progresistas", que propiciaron el sistemático descastamiento con castizo afán apostólico. De todo

ello provino la sangrienta anarquía de España y la desorientación actual de la mayor parte de las Repúblicas de Hispanoamérica, fluctuantes, según exacta expresión de Macztu, "entre los yanquis y el Soviet".

A semejanza de los liberales de España, nosotros quisimos ser también cualquier cosa menos españoles. Pero entonces, ¿qué seríamos? Como no podíamos declararnos hijos de nadie, nuestro orgullo nos llevó a componernos una genealogía fabulosa, aunque vacía de la realidad sustancial que anima las leyendas de Cadmo y de Eneas. Según el mito, descendíamos de una hembra autóctona, que había sido fecundada por un dios extranjero, el genio de la Revolución Francesa, dando a luz un pueblo heterogéneo, pero dueño del porvenir. La doncella había tenido en su pubertad un mal trance con hombres vestidos de hierro, que le enseñaron su idioma y sus creencias. Convenía olvidarlo para que sus descendientes dijese que aquello había sido un sueño. Acogiéndonos al preceptorado yanqui llegaríamos a borrar hasta el estigma de la lengua que nos recordaba el desluz maternal, con sus balbucesos de Cruz y de Espada, con su obsesión de grandes palabras heroicas... La paternidad revolucionaria, ésta sí era nuestra razón de ser, nuestro título a la admiración del mundo, nuestro galardón, la cifra de nuestra esperanza.

La adopción de este mito arbitrario envenenó toda nuestra vida colectiva. Porque declararnos hijos de la Revolución, tanto daba como declararnos hijos del Caos, ya que sus principios implican la negación de todas las condiciones de la convivencia social. Ellos nos obligaban a despojarnos, en nombre del Progreso, de nuestra religión heredada; en nombre de la Civilización, de nuestra predisposición atávica por la aventura; en nombre de la Prosperidad, de nuestro idealismo caballeresco; en nombre de la Igualdad, del culto por los héroes; en nombre de la Libertad, de la sumisión a la autoridad legítima. Todas las virtudes sociales en que habría podido fundarse la grandeza nacional fueron hostilizadas y befasadas con el fin de imponernos un igualitarismo de hormiguero laborioso y laico, donde la única aventura legítima consistiría en enriquecerse, el único culto honrado sería el del becerro de oro y los únicos héroes los fundadores de es-

cuclas destinadas a perpetuar esa abyección. Renunciamos así a la Historia para resignarnos a la prosperidad material de la factoría, cuya vida se cuenta por la periodicidad de sus balances. Y en esta empresa bastarda a que nos condenaba la generación organizadora ni siquiera conseguimos el objetivo que nos proponíamos, ya que la riqueza material no la obtiene una nación con los mismos procedimientos de una casa de comercio, sino por añadidura, cuando se propone una finalidad trascendente a la riqueza misma. "Para ser ricos —escribe Maeztu— hay que tener conciencia de un ideal y de una misión. Esaú vendió por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, y ésta es una de las parábolas de más extensa aplicación que se han escrito. ¿Cuántas veces no habrán hecho otro tanto los politicastros de la América hispánica y los de la misma España? ¿No hemos visto a los hijos de las mejores familias disputarse las representaciones de las firmas extranjeras, sin dárseles una higa de que estaban enajenando la economía nacional, al poner en manos extrañas lo que debiera hacerse por las propias?...” El ex embajador en la Argentina pone, sin duda, el dedo sobre la llaga.

¿Dónde está el camino de la salvación? Es el caso de repetir la fórmula que Maeztu adopta: *Ex proetérito spes in futurum*. Sólo una revisión de nuestra historia nos pondrá en condiciones de proclamar abiertamente ante el mundo nuestro ser y nuestro ideal. Pero por lo dicho se infiere cuál será el sentido de dicha revisión, que tenderá, naturalmente, a restablecer el vínculo natural con la tradición hispánica. Acontecimientos recientes nos indican la persistencia de una reserva espiritual incalculable, que casi un siglo de laicismo materialista no ha logrado destruir y que sólo espera adquirir conciencia de su misión, conciencia histórica, para triunfar definitivamente.

## II

*Sacra Suosque tibi commendat  
Troia penates...*

*Virgilio, Éneida, II, 293.*

Desde hace un tiempo viene formulándose en la literatura argentina, con intensidad cada vez más angustiosa, el problema de nuestro destino como nación. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué nos espera en el futuro incierto del mundo? Se explica la ansiedad, se explican los ojos ávidos y el corazón oprimido, porque nunca ha estado el porvenir tan oscuro, tan cargado de nubes tormentosas. Pero la respuesta no es fácil.

Porque para saber cuáles fuerzas habrán de prevalecer en el rumbo que tomemos es indispensable conocer previamente nuestra índole colectiva, nuestro ser. Y un pueblo no es algo estático, sino en movimiento: es un organismo vivo. Y sólo cabe conocerlo en toda la extensión de dicho movimiento, vale decir, en su nacimiento y en su historia. La interrogación sobre el destino se vincula, pues, a la interrogación sobre los orígenes, y la respuesta a aquélla será tanto más acertada cuanto más nos preocupemos de responder exactamente a ésta.

Por supuesto que una cuestión tan ardua no admite, ni puede admitir, respuestas simplistas, ni una solución definitiva y permanente. En rigor, cada generación se la plantea y la resuelve a su manera, la que mejor conviene a su vocación circunstancial. Así ha ocurrido entre nosotros. Pero la eficacia de estas interpretaciones se juzga por sus resultados; no todas son igualmente válidas. Porque, o bien se les otorga a las verdades históricas un carácter meramente relativo y pragmático, o bien se acepta la posibilidad de un perfeccionamiento del sentido histórico, de una certeza obtenible a través de sucesivas rectificaciones. Si lo primero, la pregunta referente a nuestros orígenes no tendría sentido. Si lo segundo, cabe admitir un juicio de valor sobre todas las respuestas ya formuladas. El criterio para determinar su error consistiría, principalmente, en verificar el agotamiento de sus virtualidades de acción. Una filosofía de la His-

toría sólo puede ser verdadera en la medida en que es fecunda; en la medida en que sirva como repertorio de normas de realización práctica actual. La determinación de los orígenes y el desarrollo sólo interesa en función del destino.

La angustia, la desorientación en que nos debatimos, ¿no indica que hemos perdido el rumbo? ¿No indica que nos equivocamos sobre nuestro ser porque acaso haya una desviación en el juicio sobre nuestros orígenes? ¿No indica la necesidad de revisar algunos conceptos heredados?

\* \* \*

Tanto la generación de la independencia como la de la organización nacional encararon la cuestión de nuestros orígenes y, por consiguiente, la de nuestro ser y nuestro destino, en una actitud de polémica con respecto a España. Era el enemigo; la garantía de nuestra existencia consistiría en diferenciarnos, en renegar en lo posible de su influjo. Todo el pensamiento del siglo contribuía a legitimar esa posición. Corría la época de la expansión de las ideas revolucionarias, democráticas, la época del liberalismo, y España pareció quedar retrasada en un movimiento que se suponía fatal. Atraía todas las miradas, en el norte, el crecimiento fabuloso de los Estados Unidos de Norteamérica. Y nosotros creímos encontrar en sus instituciones el modelo perfecto de la organización civilizada, y el compendio de todos los vicios en la nación que nos había dado el idioma y la fe.

Teníamos defectos; los conocíamos. Y como estos defectos (o, mejor dicho, particularidades, consideradas defectuosas por la equiparación con el patrón yanqui) eran típicamente españoles, se dió en considerar nuestro origen como una desgracia y el purgarnos de esas taras, es decir, el descastarnos, como el secreto de nuestra salvación. Los mejores espíritus se empeñaron en buscar argumentos que probaran la existencia de una diferencia substancial entre nosotros y los fundadores. No bastaba con la simple aspiración a diferenciarnos; había que sostener que ya éramos distintos. El principal paladín de esta campaña fué Sarmiento. El más absurdo, Alberdi, con su abyecta equiparación del heroísmo y la barbarie y con su ideal de poblar el te-

ritorio con inmigrantes nórdicos, protestantes, que limpiaran hasta los últimos vestigios de la herencia nefanda.

Pero si no éramos españoles, ¿qué seríamos?...

Desde los primeros tiempos de la Independencia ya se había esbozado una mística incipiente, estimulada por el humanitarismo del siglo, que daría respuesta a esta interrogación inquietante. La necesidad de ostentar una genealogía se tradujo en una idealización y una glorificación del indio aborígen, víctima de la conquista. Esta glorificación se inicia en los escritos de Moreno, de Monteagudo, de los principales voceros de la Revolución, y alcanza forma política en el proyecto de Monarquía incaica. No es difícil percibir la vinculación de dicha propaganda con la idealización del "hombre natural" que se había hecho carne en la mentalidad de ese cuarto de siglo: era la influencia de Juan Jacobo, traducido por Moreno. La consecuencia de todo esto fué renachar, con fines polémicos, la solidaridad de los americanos con el aborígen, contra el español; el considerar la Revolución como un desquite de la "usurpación" cometida por España, y el entroncar artificialmente a las nuevas naciones libres con la tradición indígena. Nuestros antepasados no serían los españoles. Nuestros héroes no serían los Cortés, los Pizarro, los Mendoza —esos "tiranos"—, sino Lautaro, Caupolicán y Tupac Amarú...

Las generaciones siguientes persistieron en ese espíritu, como lo demuestra, entre otras cosas, el empeño de D. Vicente Fidel López en otorgarles una ascendencia ilustre —aria— a los indios peruanos. Pero la actitud antiespañola se manifiesta, especialmente, como europeísmo liberal "iluminado", que abomina de España, sobre todo, su tradición católica "oscurantista". El acento histórico se hace europeo. Se invoca y se sigue el ejemplo francés, inglés, norteamericano. No nos consideramos, desde luego, españoles; sí (aunque un poco a pesar nuestro, como transacción) "latinos". El problema de los orígenes pierde en importancia. Liquidada la guerra de la Independencia, se mitiga el indianismo polémico y se le sustituye por la convicción de que nuestra tarea colectiva consiste en ponernos a tono con las últimas novedades de allende los mares. No seremos, pues, una cultura alimentada por las raíces, como todas las verdaderas culturas,

sino por las ventosas o garfos de sus ramas, como las plantas parásitas. No una cultura auténtica, sino de imitación.

\* \* \*

La inquietud por la procedencia y el destino nacional se acentuó con motivo de los exámenes de conciencia del Centenario (1), y se tradujo en una revalorización de lo español entre nosotros. Pero el sarmientismo no había pasado en vano, y la sustancia de dichas tentativas consistió en medir, en dosificar cuál había sido el verdadero aporte de España a la obra de nuestra formación y cuál el de otras culturas: como si se tratara de valores equiparables.

Las disidencias se limitaban a la apreciación de las proporciones. Todos coincidían, empero, en adjudicarnos la hibridez como un galardón. Se fluctuaba entre quienes otorgaban a España la primacía y quienes a Francia; volvió a aparecer el indio, cuya realización literaria más acabada fué el mito de Furindia. Los españolistas, apelando a la "maternidad" española, nos aconsejaban una permanente sujeción a la influencia peninsular. Los latinizantes (que tuvieron su cuarto de hora cuando la Gran Guerra), a la francesa o a la italiana. Los indianistas, por su parte, se empañaban en que llorásemos, sin ganas, por la extinción de los incas.

Pero ¿qué éramos nosotros, en realidad? Porque la clave de la cuestión consistía en saber dónde estaba nuestra tradición verdadera. Puesto que existíamos debíamos tener un origen cierto. Y los más decididos españolistas, no obstante su obsesión de la maternidad española, consentían en la interpretación histórica heredada, que nos atribuía una diferencia "sustancial" con España, proveniente de algún padre desconocido... ¿La Revolución Francesa? ¿La Constitución norteamericana? ¿El indio? ¿La inmigración internacional?

\* \* \*

---

(1) 25 de mayo de 1910.

Creo que ya es tiempo, para nuestro bien, de terminar con esa actitud farmacéutica, que pretende calificarnos por los ingredientes, reales o imaginarios, que entran en nuestra composición y que padece la equivocación básica de confundir lo esencial con lo accidental, lo genuino con lo adventicio, la forma con el elemento material, indeterminado.

Si hablamos en términos de filosofía de la cultura, no hay, en mi opinión, problema ninguno. Estamos lejos de ser un producto híbrido; no descendemos de estas o aquellas corrientes mezcladas. Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de cultura, que son la religión y el idioma. No provenimos, espiritualmente hablando, de españoles e indios, sino exclusivamente de los primeros. Nuestra verdadera tradición, nuestra historia, es la de España, a través de los conquistadores, que siguen viviendo en nosotros.

La influencia indígena ha sido aquí, en la Argentina, nula como contribución de cultura e ínfima como aporte de sangre. Por lo demás, ¡qué pueblo del mundo puede blasonar de pureza racial! Somos una nación blanca, de población integrada por corrientes inmigratorias superpuestas al núcleo originario, pero donde conserva éste el predominio espiritual mediante los elementos formativos de la fe y el habla.

Considerada la cuestión de este modo, que parece obvio, pero que, según hemos visto, no lo es, se abre un horizonte amplísimo ante nuestros ojos. Podemos, por lo pronto, determinar claramente nuestra actitud con respecto a España, con respecto al aborigen y con respecto a las influencias extranjeras que han colaborado en el desarrollo de nuestra vida nacional.

Con respecto a España, el hecho de considerarnos como una prolongación en América de su raza y de sus historia, excluye la posición de minoridad a que el españolismo tradicional nos condenaba. No, nada de tutelás. Continuamos la historia de España aquí en América al mismo título que los habitantes de la Península la suya; ella nos es común hasta que se bifurca por el trasplante; Pelayo está en la misma distancia de unos y de otros, y tan nuestros como de ellos son la lengua y el Romancero y los

grandes capitanes de la Conquista. Tenemos una manera peculiar de ser españoles, que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos. Constituímos una rama autónoma y no inferior de la Hispanidad, según la palabra reanimada por Ramiro de Maeztu. Y dónde se realizará mejor el destino de la raza, si aquí o allá, sólo el futuro puede decirlo.

Con respecto a las influencias extranjeras en nuestras ideas y nuestras instituciones, el reconocimiento de nuestra esencia española pone de relieve su carácter adventicio. Liberalismo inglés, francés o norteamericano deben cargarse en la cuenta del "espíritu de la época", al que no fué ajena la misma Península. Hoy está siendo barrido por comunismo ruso y fascismo alemán e italiano, que no alcanzan tampoco a desnaturalizar la sustancia invariable.

Por lo que se refiere al indio como elemento "esencial" en la formación de nuestra nacionalidad, cabe advertir que esa invención de los doctores de las ciudades que habían leído a Rousseau (y que se ha perpetuado en la interpretación corriente de nuestra historia, de tal modo que resulta difícil desarraigar de las mentalidades escolares la idea de la "usurpación" española —fácil tema de elocuencia para los primarios— y de la "revancha" de la Independencia), esa invención polémica, repito, no fué nunca sentida verdaderamente por el pueblo de nuestra campaña, que conoció al indio antes de que fuese exterminado. El de la realidad no era, por cierto, el que se conoce leyendo a Chateaubriand en un sillón comfortable. Oigámosle a Martín Fierro:

*El indio pasa la vida  
robando o echao de panza.  
La única ley es la lanza  
a que se ha de someter.  
Lo que le falta en saber  
lo suple con desconfianza.*

.....  
*Odia de muerte al cristiano,  
hace guerra sin cuartel . . .*  
.....

*El bárbaro sólo sabe  
emborracharse y pelear . . .*

El que habla no es un mestizo; pocas veces lo fué el hombre de nuestras pampas. Es un blanco y es un cristiano: es un español. Y como tal, se alegra del exterminio de las tribus:

*...esos bárbaros salvajes  
no podrán hacer más daño...*

\* \* \*

El decir que somos España trasladada a América y prolongada en la Historia significa el simple reconocimiento de un hecho innegable. La conquista española en América cumplió todos los requisitos esenciales para la transmisión del espíritu. El conquistador vino con sus penates, como el padre Eneas troyano a las costas remotas de Italia, y dejó sus hijos, su idioma y su fe. Acto imperial que engendra imperios, según lo sabía Virgilio, doctor en fundaciones:

*dum conderet urbem  
inferretque deos...*

La aplicación de este punto de vista a la interpretación de la historia argentina resulta fecundísima en consecuencias. Por lo pronto, incorpora a nuestro panteón las figuras de la historia española en su época más gloriosa; nos da una nueva luz para juzgar la Guerra de la Independencia, y nos proporciona un criterio para distinguir, en los sucesos posteriores, las corrientes genuinamente nacionales de aquellas que, por excesiva adhesión a ilusiones o intereses momentáneos, nos apartaban de nuestra verdadera tradición, de nuestro ser profundo.

Pero, sobre todo, nos comunica la conciencia de un origen, de una raíz nutridora, en cuya savia podemos recuperar periódicamente. Nos da el secreto para no seguir dispersándonos en locas aventuras de imitación, siempre estériles, porque no hay re-

novación verdadera fuera de lo tradicional, ya que "lo que no es tradición es plagio". Dice Santayana que "entenderse a sí mismo es la forma clásica de consuelo, y eludirse a sí mismo, la romántica". ¿No habrá llegado para nosotros la hora del clasicismo, después de tanto fantasear?

ERNESTO PALACIO.